

truosidades chinas que vemos todos los días en las tiendas de tiroleses.

Las imágenes, pintadas en papel de arroz, están por lo general bastante bien dibujadas, y representan á los personajes mas ó menos elevados que pueblan las regiones celestiales.

Los sacerdotes kalmucos han resuelto perfectamente el problema de vivir sin la menor inquietud. Nada deben poseer; pero las mujeres kalmucas tienen por principal ocupacion no permitir que carezcan de nada.

Las ceremonias del culto kalmuco se hacen en lengua tangute, ó mas bien tibetana, que el pueblo no entiende. Los sacerdotes, que no la entienden mas, están sencillamente obligados á saber leerla. Tienen muchos libros que tratan de la religion y del culto, y tambien muchas oraciones y fórmulas religiosas que varían segun las circunstancias; y á fin de evitarse el trabajo de retenerlas todas en la memoria, han adoptado el partido de escribirlas en unas tiras de papel ó de tela que cuelgan al lado ó debajo del dios á quien se necesita invocar; así, la oracion está hecha como por sí misma, sin que nadie tenga que intervenir en ella.

Aquel pueblo ha simplificado aun mas este método para su uso particular, sirviéndose al efecto de un aparato cilíndrico, rodeado de una caja circular en que se practica una abertura. A lo largo de este cilindro hay escritas unas oraciones, que á medida que el aparato gira sobre su eje, se presentan en la abertura. Cada vuelta del cilindro es una oracion cabal.

Los magnates y el príncipe hacen girar la máquina de las oraciones por medio de sus dependientes, y de esta manera saldan sus cuentas con la Divinidad.

Al salir del templo, marché con Kalino detrás de los sacerdotes, á quienes seguimos hasta sus tiendas, hechas con pieles blancas, á poca distancia de la pagoda; hállanse rodeadas de una empalizada, y adornadas con banderolas de muchos colores, cubiertas de oraciones escritas en lengua sagrada.

Mi cartera de dibujo me proporcionó una acogida amistosa, siéndome preciso enseñar á tan piadosos personajes los diseños que contenía, lo cual les hizo admirar un arte que todos ellos cultivan, aunque bajo otro aspecto, pues me hicieron ver muchos dibujos hechos por ellos sobre telas y papel de arroz, representando diferentes dioses ó *burkans*, muy venerados por las tribus nómadas.

No me fue permitido tocar aquellas obras sagradas, porque esto hubiera sido, en sentir de tales gentes, una profanacion; y aun ellos mismos no las tocan sino despues de haberse purificado por medio de ciertas oraciones. Había en aquella coleccion un conjunto de las figuras mas abominables que es posi-

ble imaginar. Estos dioses son buenos y malos; pero todos demuestran hasta la evidencia que los kalmucos no profesan el culto de lo bello.

En la tienda del gran sacerdote ví en una especie de altar una hilera de tacitas de cobre muy bien trabajadas: algunas contenían trigo, otras agua y terroncitos de azúcar. Una imagen de Buda, esculpida en cobre ó en oro, y delicadamente cincelada, descollaba sobre un pedestal.

Alrededor estaban espuestas á la veneracion de los visitantes algunas imágenes pintadas.

No había camas en aquella kikitka, pues los sacerdotes se acuestan sobre pieles.

Con gran satisfaccion del gran sacerdote hice un dibujo de su persona y traje; y me lo pidió con tal insistencia que no pude negárselo.

Nos separamos despues de haber mediado no pocas cortesías, y me reuní á mis huéspedes, que ya habían dado principio á su desayuno.

El príncipe, que tuvo la buena suerte de encontrar un cocinero de mérito, nos obsequió con una comida á la europea. Las sorpresas indígenas se reservaron para la comida.

Concluido el desayuno fuimos á sentarnos debajo de una espaciosa tienda abierta en medio de la estepa; empezó la fiesta con que íbamos á ser agasajados con una carrera ecuestre.

Una veintena de caballos kalmucos, de poca alzada y bastante mal ensillados, pero muy briosos, y con las crines algo erizadas, eran cogidos por la brida, é igual número de jóvenes de quince á veinte años estaban dispuestos á montarlos. Así lo hicieron á la señal convenida, partiendo en medio de los gritos de los concurrentes y desapareciendo en la estepa.

Pocos momentos despues los vimos volver rodeados de una nube de polvo. Un muchacho de quince años ganó el premio, que consistió en una camisa de algodón y el caballo que había montado.

El espacio quedó libre. La segunda parte de la fiesta consistió en la representacion de una escena de la vida nómada.

Vimos mostrarse en el horizonte, detrás de una altura, una caravana que atravesaba el desierto de arena; se distinguían los ginetes con sus fusiles ó sus lanzas; los camellos que trasladaban las tiendas, los muebles, los enseres de cocina, y tambien algunos niños suspendidos en unas redes; detrás venían los caballos, un rebaño de carneros, los bueyes, las vacas, etc.

Todo esto, despues de desfilarse por delante de nosotros, se detuvo en la llanura á unos 100 pasos.

Los camellos se arrodillaron, y en seguida sus ginetes, hombres y mujeres, los desembarazaron de su carga, y empezaron á levantar las kikitkas.



Paso de caballos por el Volga.

Estas tiendas se forman entrelazando ramas de sauce, de 2 metros de altura por 1 de anchura. El conjunto de estas trabazones alrededor de una circunferencia de cerca de 5 metros de diámetro, forma la pared de la habitación, sólidamente reforzada por unas estacas clavadas en el suelo. Sobre esta pared se apoyan á manera de vigas unos largos maderos que van á parar á un círculo superior, dejando entre sí el espacio necesario para una sola ventana, y para el agujero destinado á chimenea.

Esta construcción está cubierta de pieles atadas con gruesas cuerdas, escepto una puerta de madera adaptada á la naturaleza de tales edificios.

Una alfombra de pieles cubre el pavimento, esceptuando el centro, donde está colocado el hogar.

Todas estas habitaciones fueron construidas en un cuarto de hora, y algunos minutos despues vimos el humo.

El príncipe nos invitó á visitar las tiendas. En la primera hallamos una familia que nos convidó á tomar té. En el interior reinaba tan buen orden como si aquella vivienda hubiese de durar muchos meses. Los utensilios pendían del techo; y nos complacíamos en examinar alternativamente las camas, los cofres envueltos en tapices, las imágenes de los dioses colgadas en las paredes, y una gran olla encima del hogar en que se preparaba la comida.

En la segunda tienda, igual á la primera, se preparaba por medio de un aparato destilatorio de los mas sencillos, el aguardiente de leche de burra, que los kalmucos prefieren á la leche de vaca.

La leche de burra pasa con mucha facilidad al estado de acidez; y como produce mas alcohol que las demás, es propia para la fabricación de aguardiente; pero no puede convertirse en manteca.

Continuemos nuestra descripción.

En un momento se apagó el fuego, se desataron las cuerdas que sujetaban las pieles á las tiendas, se deshicieron los armazones de ramaje y se volvió á cargar los camellos, que pacían tranquilamente; amontonáronse de nuevo sobre su espalda estacas, pieles y sogas; los platos de hierro y los vasos de cuero se empaquetaron con los demás utensilios, sin olvidar las redes en que iban los niños de tierna edad; los rebaños se reunieron, los ginetes subieron á sus cabalgaduras, y la caravana emprendió su marcha al paso, desapareciendo detrás de la loma por donde dos horas antes se había dejado ver; y durante algun tiempo oímos alejarse en *decreciendo* sus cantos y sus campanillas.

Con esto terminó la representación, no habiendo faltado otra cosa para completar la ilusión, que la música de Feliciano David.

Este drama, en que todo había sido verdadero, la acción, los actores, los trajes, y hasta las decoracio-

nes, es una de las cosas mejor hechas que he visto en mi vida. Muchas veces he observado en el desierto la misma escena, mas imponente aun por el mayor número de actores y por el completo aislamiento en que nos hallábamos; pero debajo de aquella tienda, delante de una docena de espectadores y de algunas señoras vestidas á la europea, el contraste no podia ser mayor: la vida civilizada y la vida salvaje se hallaban frente á frente.

Llegaron luego muchos caballos, para que gozásemos del espectáculo de la caza del halcón. Seis halconeros, llevando en la mano halcones educados, debían acompañarnos. En esto era preciso contar bastante con la casualidad, pues el poder del príncipe no se extendía hasta el punto de obligar á los hacones á que se dejaran coger, si bien estos abundaban bastante para hacernos esperar una partida feliz. Despues de media hora de correría, vimos muchas bandadas de cisnes silvestres. Acercuéme á nuestros halconeros para estudiar de cerca sus maniobras, porque este género de caza, muy usado en Oriente, podia llegar á sernos útil, cuando en el curso de nuestros viajes, las aves que quisiéramos perseguir pasasen demasiado lejos de nuestras escopetas.

El primer halcón descapirotado dió un agudo grito al ver la luz, y partió como una flecha á caer directamente sobre los cisnes. La lucha fue breve, y se empeñó á bastante distancia de nosotros para que nos fuese posible ver bien todos sus detalles. Al cabo de algunos minutos, el ave atacada, pero continuando su combate, cayó en el Volga con su vencedor.

También asistimos á la caza de la garza oscura, que fue enteramente igual á la anterior, sin mas diferencia que el que la garza, apenas herida, nos fue presentada aun viva, y se la retuvo para convertirla en uno de los huéspedes, no voluntarios ciertamente, del jardín del príncipe.

Los kalmucos hipótagos.—Una *soirée* á la francesa.—Los caballos indómitos.—Los domadores.—La lucha.

Volvimos al palacio, donde nos esperaba un banquete homérico, al cual asistieron trescientos vasallos de nuestro espléndido huésped. El comedor, donde estaba la mesa de honor, abierto por todas partes, nos permitía ver los esfuerzos que los convidados hacían para corresponder dignamente á la hospitalidad de su jefe, al mismo tiempo que rendían un cumplido tributo á su propio apetito.

Para el mejor éxito de la solemnidad, se mataron muchos caballos, bueyes y algunos carneros; pero el buey es el que mas llamaba nuestra atención, aunque la mesa estaba cubierta de trozos de caballo, muy apetitosos.

Los kalmucos prefieren «la mas noble conquista del hombre» al buey y á la vaca, que crían en muy

reducido número; la leche de vaca tiene entre ellos, como ya se ha dicho, escasa importancia.

Los hombres de quienes hablamos sobresalen en el arte de criar caballos, y muchos poseen hasta dos mil. El príncipe Tumaine era dueño de sesenta mil, que con seis mil camellos y dos millones de carneros, le constituían una *regular* fortuna mueble.

Los potros cuya estampa no es airosa, ó que tienen algun defecto que los hace desmerecer como caballos de combate, son destinados á la carnicería.

Vemos, pues, que si es un progreso para la humanidad el alimentarse de carne de caballo, los kalmucos nos llevan la delantera desde hace mucho tiempo.

Otra consideración ha debido sin duda determinarles á dar una importancia secundaria á la raza bovina. Los individuos que la componen, pacíficos y pesados por naturaleza, poco aficionados á la mudanza de lugar y viajando con mucho esfuerzo y lentitud, no están en relación con las costumbres de los kalmucos, pueblo nómada que pone con frecuencia 30 leguas entre su campamento de hoy y el de mañana: por el contrario, caballos, camellos, cabras y carneros, animales ágiles y naturalmente nómades, les convienen bajo todos conceptos.

¿Deberán acaso los kalmucos su extraordinaria viveza á la carne de caballo de que se alimentan?

No recuerdo en qué periódico he leído, despues de la introducción de este nuevo alimento en Francia, que aquel que hallase el modo de condimentarlo bien, prestaria un verdadero servicio á la humanidad.

Ora sea el resultado de la necesidad, ora el de la experiencia ó de una afición nacional, hé aquí cómo sazonan los kalmucos esta vianda.

Téngase presente que en su país la leña falta por completo. La estepa no produce ni un solo árbol, y por consiguiente, no hay carbon. Desde la gran muralla de la China hasta las márgenes del bajo Volga, es preciso recoger los excrementos de vaca y camello, que secos al sol, forman todo el combustible de que disponen los nómades; pero estos han inventado muchos medios de preparar la carne de caballo, sin valerse del fuego.

El primero, puesto en práctica por todas las tribus primitivas, consiste en hacerla secar al sol, para salvarla despues.

El segundo se reduce á cortar la carne en pedacitos, meterla en un artesón de madera, con capas de sal dispuestas alternativamente, dejándola sazonar por espacio de doce ó quince horas.

El tercer método, que es el generalmente empleado, cuando no hay sal ni artesones, consiste en cortar esmeradamente la carne en tajadas no muy gruesas, en colocarlas sobre el lomo del caballo, unas al lado de otras, cubriéndolas con el mayor cuidado con la

silla, y emprendiendo luego un buen trote por dos ó tres horas seguidas: este ejercicio despierta el apetito, y la carne, condimentada sin mas requisitos, debe parecer muy sabrosa.

Ocioso seria añadir que cuando una fiesta cualquiera lleva á un buen kalmuco al palacio de su príncipe, y encuentra allí, á falta de caballo crudo, exquisitos *bisteks* y chuletas de carnero asadas en debida forma, se resigna heroicamente á devorarlas y sacar la tripa de mal año.

Así exactamente lo hicieron nuestros convidados del jardín. El príncipe apuró un gran vaso de *champagne*, acercóse á la ventana, pronunció un breve discurso, echó un brindis, tocó ligeramente con sus labios el vino, y luego, haciendo un movimiento circular, arrojó el contenido de su vaso sobre sus respetuosos huéspedes: acción que fue acogida con un hurra general.

El príncipe se acercó luego á nosotros para anunciarnos que su esposa nos esperaba en su tienda, á fin de tomar el café.

La princesa, que en el discurso de la mañana había cambiado ya dos ó tres veces de traje, abandonó la mesa mucho antes que nosotros. Creímos que se proponía causarnos una nueva sorpresa, y no nos equivocamos. Al entrar en la primera tienda que le servía de antesala, vimos á dos criados acercarse á la entrada que pone en comunicación la primera kibitka con la segunda, y recorrer de un solo golpe las dos cortinas.

El espectáculo que en aquel momento se presentó á nuestra vista era verdaderamente magnífico: la princesa, rodeada de sus damas, que habían recobrado su habitual inmovilidad, vestía, como ellas, trajes cuajados de perlas, turquesas y diamantes. Aquel recorrer las cortinas, tan oportunamente verificado, fue del mejor efecto.

Hicimos decir á la princesa que habíamos quedado deslumbrados: galantería que la complació en extremo, pero mantuvo su inmovilidad, como también sus damas, algunos minutos mas, á fin de que pudiéramos admirarlas á nuestro placer, y luego nos hizo servir el café.

La tienda en que nos hallábamos era suntuosa; estaba enteramente cubierta de damasco de color de rosa; el lecho-diván en que estaba tendida la princesa, forrado de una rica estofa de la India, y ella misma envuelta en una gasa apenas visible, presentaban un aspecto fantástico.

Un soberbio tapiz persa cubría el suelo. Sobre su blando tejido nos sentamos con las piernas cruzadas, y poco despues nos fue servido el café en tazas de China, de las que pocas veces se ven en Europa.

Una de las damas se puso á tocar un bandolín de hástil muy largo, mientras otra dió principio á un bai-